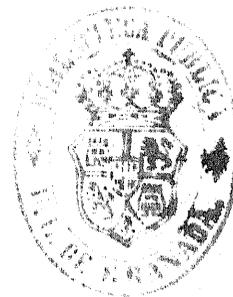


16

DISCURSO INAUGURAL

EN LA APERTURA

DE LA UNIVERSIDAD LITERARIA.



R. 20689

DISCURSO

PRONUNCIADO

EN LA SOLEMNE INAUGURACION

DEL AÑO ACADÉMICO DE 1858 Á 1859

EN

LA UNIVERSIDAD DE GRANADA,

por

D. SANTIAGO LOPEZ ARGÜETA,

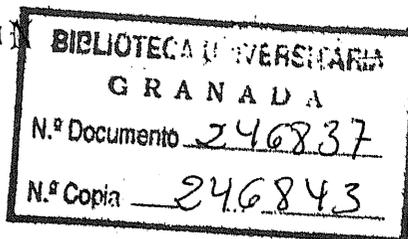
Catedrático de la Facultad de Medicina de la misma.



GRANADA:

Imprenta de D. Juan Maria Puchol.

1858.



Ilmo. Señor:

No es tal mi temeridad que deje de conocer mi incompetencia, para desempeñar dignamente el encargo que se me ha confiado. En esta razon he apoyado mis escusas; y no habiéndose tenido por bastantes, preciso ha sido obedecer órdenes, dos veces para mí obligatorias, por proceder de mi Jefe y de mi Maestro. No olvideis, Ilustrisimo Señor, estas circunstancias especiales para dispensarme vuestra benevolencia siempre ilustrada.

Repetimos hoy la augusta ceremonia de la apertura de nuestros estudios, y digna es por cierto de la mayor solemnidad, por la victoria que aquellos alcanzan contra el error; porque se hace mas y mas digno de la supremacia de su ser el hombre, en proporcion á que usa la prerogativa que

le distingue, su inteligencia; porque el cultivo de las ciencias produce ópimos frutos al hombre físico y moral; porque adquiriendo éstas cada un día mayor desarrollo, y habiendo pasado por períodos que podríamos comparar á las evoluciones que experimenta la razon del hombre, desde su niñez hasta la edad viril, tienden hoy á la unidad, á la asociacion de sus diversas ramas, á la síntesis de sus principios; porque ellas mismas nos hacen divisar un porvenir, tal vez no lejano, en que el hombre reconociendo la conexion, la armonía y la simplicidad de las leyes que presiden al universo, pueda formular en pocas ideas, comprender quizá en un solo pensamiento todos los principios y móviles que gobiernan al mundo; porque siendo la continúa aspiracion del hombre la posesion de la verdad y del bien, las ciencias contribuyen á proporcionarle aquella y mostrarle el camino que conduce á la consecucion de sus incesantes esfuerzos. Ved aquí, Ilustrísimo Señor, entre muchas, algunas proposiciones que en su día fueron objeto de esta clase de discursos, formando, podemos decir, el lazo que unió ramilletes de fragantes flores, que desde este sitio se esparcieron para hacer mas grata la aspiracion al estudio, y para disimular en cierto modo la aspereza de su cima. ¿Y á mí me habrá cabido la desgracia de encontrar agostado un campo en otro tiempo tan fértil? No: él produ-

ce aun delicados frutos, flores bellas y olorosas. Si no acierto á encontrarlas, cúlpese mi ceguedad. El talento cultivado del botánico, el ojo adiestrado del artista, distinguen á una rápida ojeada en una abundante pradera ó en un extenso cuadro la mas notable produccion ó la mas bella pincelada. Las ciencias son la luz clara; la ignorancia la oscuridad. Para hablar de aquellas es necesario poseerlas. Deducid, Señores, de estas premisas mi turbacion y mis compromisos.

Yo no puedo abordar ninguna de esas grandes cuestiones filosóficas ó sociales, que agita actualmente la humanidad, y tienen divididos á los hombres pensadores. Tanteando mis débiles fuerzas he retrocedido ante lo gigantesco de la empresa. Mas modestas son mis aspiraciones, y aun así no puedo engañarme sobre su resultado. Voy á ofrecer á vuestra consideracion ilustrada algunas reflexiones sobre *la influencia de la Medicina en la civilizacion, y la que puede ejercer en la mejora de la condicion social del hombre.*

Grande para la humanidad debió ser la época en que solícito y compasivo asistió el hombre, por la primera vez, á su semejante en el desórden. en la agitacion y la ruina total de sus órganos. Así, del sentimiento mas noble del corazon, á medida que las enfermedades crecieron á par de los vicios, las pasiones, las necesidades y los hábitos de

los pueblos, formóse una ciencia que por su carácter y dificultades debieron ejercer solamente los filósofos y los sabios. No pretendo recorrer la historia de la Medicina y seguir la marcha de esta ciencia, que como todas ha tenido períodos de azar y de bonanza: tampoco intento hacer alarde del arte, presentándole con los atributos mas bellos de su riqueza y su poder. Encargada esta ciencia de curar y prevenir las dolencias, á que por su naturaleza está sujeto el género humano, su mision es la mas noble, su importancia social indisputable.

Todos hemos sufrido y podido apreciar individualmente los servicios de aquella y de los encargados de ejercerla. Tambien hemos experimentado, por desgracia, alguno de esos períodos terribles, en que se manifiesta en toda su evidencia el sacerdocio médico. «Si una desoladora epidemia, dice un elocuente Autor, semejante á aquella cuyos lamentables recuerdos ha consignado en sus anales la historia, envuelve con su sudario al mundo espantado, fuerza es que el médico afronte todos los peligros de tan terrible azote. Aunque la enfermedad, manifestacion verdadera del poder de Dios sobre la tierra, eluda todas las previsiones, desconcierte todas las conjeturas de la teoría y se burle de todos los esfuerzos del arte, nada importa: es fuerza que el médico obligado á reducir su

ciencia á una simple meditacion de la muerte, permanezca inmóvil á la cabecera del lecho de agonía, espiando la menor señal, que tal vez no se presente, una moral inflexible le tiene allí señalado su puesto

«A pesar de la oscuridad con que el mal vela sus causas, en su naturaleza, aun en las lesiones materiales que hieren los tegidos vivos, ha comprendido su índole contagiosa: sabe que los enfermos son un foco vivo de infeccion, que su aliento envenenado, su solo contacto bastan á trasmitir la enfermedad; y sin embargo no tiene el derecho de aprovecharse de estas revelaciones de la ciencia y debe imponer silencio al instinto de conservacion, que le aconseja huir, siéndole fuerza vivir en esta atmósfera mortal.» (1)

Empero no son estos servicios esenciales y característicos de la Medicina, y de cuya importancia nadie puede dudar, de los que pretendo ocuparme. La mision de la ciencia no está reducida solo á socorrer al enfermo y dar consejos al sano, que por estarlo desoye muchas veces. Tambien influye aquella de una manera evidente y poderosa en la humanidad colectiva, en la sociedad.

Decidme, si no, hasta qué punto la Administracion, engrandecida hoy constituyendo una ciencia de necesidad imperiosa en nuestra época, pudiera

(1) Max. Simon. *Deontologia médica.*

desempeñar su objeto sin el concurso de la Medicina. «La Administracion, ha dicho uno de sus mas autorizados órganos en nuestro país (1), preside al movimiento de la máquina social, precipita ó modera su accion, arregla ó modifica su mecanismo, y protege así y conserva ó mejora todos los intereses públicos.

«Objeto es de su solicitud el hombre antes de nacer, y lo es despues que ha cesado de existir. En las escuelas del arte obstetricia prepara la Administracion socorro á las parturientas, y allana así la senda de la vida á los que la naturaleza ha condenado á recorrerla. Contra el virus maligno, que debe luego inficionar su sangre, tiene la Administracion preparado un contraveneno, en otro virus benéfico, que por inoculacion infiltra en sus venas. Preservado por ella el niño de la lepra, que durante siglos diezmó la infancia, la Administracion le lleva por la mano á las escuelas que tiene establecidas, infiltra asimismo en su mente los gérmenes del saber y le preserva de la ignorancia, tan mortifera para el espíritu, como lo es para el cuerpo el vicio de la sangre. Adulto en breve el infante, la Administracion cuida de que ejercicios gimnásticos desarrollen sus miembros, y de que nuevos y mas elevados conocimientos fortifiquen su

(1) D. Francisco Javier de Burgos. *Discursos pronunciados en el Liceo de Granada.*

inteligencia Domiciliado en un pueblo la Administracion vela sobre su seguridad y reposo, y cuida además de que aguas copiosas y saludables aplaquen su sed, alimentos abundantes y sanos satisfagan su hambre, árboles frondosos le proporcionen sombra y frescor en el verano, y calles espaciosas ventilacion y comodidad en todas las estaciones. Ella abre cáuces estrechos para llevar la fecundidad y la vida á las campiñas áridas; y los abre anchos para que los surquen barcos cargados de los productos del suelo y de la industria. Ella borda las márgenes de estos cáuces, cubiertos ya de pingües esquilmos, de vastas y sólidas rutas, sobre las cuales se alzan, á su voz protectora, cómodos y elegantes albergues, donde el viajero halla, no solo abrigo y seguridad, sino sosiego y aun regalo. De sus avenidas aleja ella al mendigo y al ocioso, que no siendo observados ni protegidos, harian de la vagancia y de la miseria escalones para el crimen.

«La Administracion proporciona ocupacion á los hombres robustos en los trabajos públicos, proporciónala en los hospicios á los desvalidos, y á los delincuentes en los establecimientos de correccion. Socórrelos en sus dolencias, ora abriendo las puertas de los hospitales, ora derramando sobre el hogar doméstico los dones de la compasion privada ó los consuelos de la caridad pública. A los des-

graciados que, fruto de la flaqueza ó del crimen, son abandonados al nacer por sus padres, tiene la Administracion abiertos desde luego asilos para alimentarlos; y mas tarde escuelas y talleres, donde adquiriendo medios de vivir á sus expensas, puedan retribuir á la sociedad los beneficios de su alta tutela. Ni aun al morir el hombre, abdica la suya la Administracion: ella preside á los funerales, dicta las precauciones con que deben hacerse, aísla el asilo de los muertos, y señalando á los vivos la mansion que les aguarda, les ofrece en cada tumba un recuerdo de su miseria y una leccion de moralidad.»

Muy difícil es sin duda, presentar con mejores galas la importante mision de la Administracion pública; pero tambien lo es desconocer un solo momento la cooperacion que deben prestar á aquella autoridad protectora diferentes ciencias, toda vez que representa la sintesis de variados conocimientos, entre los que no son los menores ni menos necesarios los que la suministra la Medicina.

Ella crea y dirige esas casas de maternidad, y los socorros que deben prestarse en las mismas: calcula y evita muchas veces los peligros de que está rodeado, en algunas, el alumbramiento; y á sus eficaces auxilios deben la vida multitud de seres, á quienes la ignorancia ó el crimen habria privado de ella.

Si un virus benéfico preserva de los mortíferos efectos, que en otro tiempo causara otro maligno, el de la viruela, á los médicos indios y persas se debe el conocimiento de la vacuna (1), si bien nadie puede disputar al eminente entre los bienhechores, Eduardo Jenner, la gloria de haber utilizado, si no descubierto tan inestimable socorro; y no han terminado aquí respecto al mismo, los oficios de la ciencia: ha luchado con teson y heroísmo para vencer los obstáculos que á su propagacion ofreciera la ignorancia y la preocupacion; ha calculado con acierto hasta qué punto puede ser eficaz y duradera la accion preservativa de la vacuna, y cómo puede por la *revacunacion* prolongarse ó renovarse su virtud profiláctica: aun todavía sostiene la ciencia polémicas formales, para las que se han oido los cuerpos científicos competentes de todas las naciones, obteniendo un completo triunfo, cuando hombres funestos, profanos ó médicos (2), intentan desacreditar con declamaciones mas ó menos alarmantes la benéfica é inofensiva accion de aquel preservativo precioso, conquista

(1) El Dr. Michea publicó en el número correspondiente al 11 de Setiembre de 1847 de la *Union medicale*, un artículo para probar que los médicos indios conocian la inoculacion y (cosa mas admirable todavía) la vacunacion. El resúmen que en su artículo presenta del *Sateya Granthan*, libro sagrado atribuido á Dhanvvantario, lo prueba sin ningun género de duda.

(2) Mr. Carnot, capitán de artillería, opinaba que las fiebres tifóideas habian aumentado desde cierta época, que hacia coincidir con la introduccion de la vacuna en la práctica médica; y concluyó que habia entre ambos hechos re-

providencial. ¡Siempre ha sido la verdad combatida, y tenaz la resistencia que le opone el error!

Ni son menos eficaces y necesarios, aun cuando por mucho tiempo hayan sido contrariados, los auxilios que la Medicina presta á la Administracion, en cuanto se relaciona con la educacion fisica de los administrados, con las condiciones salubres de las poblaciones en sus aguas, alimentos, ventilacion, saneamiento, construccion, etc.

Las mejoras progresivas que han experimentado los hospitales y hospicios, esos asilos del dolor, de la miseria y del abandono, mejoras que en muchos puntos de Europa han llegado hasta la perfeccion, sirviendo la casa de los pobres de modelo á la del opulento, en cuanto á ventilacion ó renovacion del aire, médicamente calculada, calefaccion, limpieza y otros goces: la asistencia esquisita de los enfermos, los recursos científicos aglomerados de tal manera que puedan satisfacerse oportunamente todas las indicaciones, el aislamiento y separacion necesaria para evitar al paciente impresiones morales que puedan agravar sus males; todas estas mejoras, que es muy sensible no ver generalizadas,

lacion de causalidad, siendo necesario ponerla en evidencia para conjurar el daño que la práctica ininteligente de la vacuna causaba á las poblaciones.

El Dr. Verde-Delisle ha publicado poco ha un libro titulado *De la degeneracion fisica y moral de la especie humana, ocasionada por la vacuna*. En esta monstruosa produccion se vierten errores á millares; y como conjunto de ellos el autor exclama: La solícita y cariñosa madre que manda vacunar á su hijo, le hiere de muerte en la cuna.

prueban de una manera clara los esfuerzos que hace la Medicina, á cuya direccion se deben, para responder á su mision bienhechora, contribuyendo así á la cultura de los pueblos y á mejorar la condicion social de la humanidad.

Y aun no está satisfecha la ambicion de la ciencia: ella con las morales y económicas comprende que si la asistencia *en comun ú hospitalaria* es una necesidad imprescindible en muchas ocasiones y para ciertos necesitados, no es sin embargo el **DESIDERATUM** en la beneficencia pública. La *domiciliaria* es á veces un socorro mas eficaz, toda vez que evita al desgraciado la suspension violenta de los vinculos mas queridos que pueden dulcificar sus penas. Y si las dificultades que este género de asistencia ofrece llegan á resolverse algun dia, entonces la desgracia habrá encontrado un mayor lenitivo.

Aun en esa ocasion suprema en que todavia la Administracion vela por uno de sus objetos mas sagrados: cuando ha dejado de existir el hombre pagando este tributo á la naturaleza sin que la Medicina lo pueda estorbar jamás, ella dicta las precauciones necesarias para evitar los funestos males que se han seguido de confundir la muerte aparente con la real; y cerciorada de ésta impide igualmente que los funerales y el asilo de los muertos se conviertan en un foco perjudicial para los

vivos. Yo ofenderia la acreditada ilustracion del claustro, con perjuicio de materias de que pienso ocuparme, si me permitiese indicar, siquiera fuese rápidamente, los importantes trabajos dados por la Medicina para acotar los males que ha producido y por desgracia produce aun, la negligencia en sus preceptos en esta importante materia; no porque se les desconozca, sino porque una piedad indiscreta tiende á perpetuarlos (1).

Los auxilios de la ciencia de curar, en uno de sus mas importantes ramos, la higiene pública, no están reducidos solo á los que presta á la Administracion, tal cual se detallaron sus funciones por el eminente publicista de que nos ocupamos poco ha. Hay todavía ocasiones en que la Administracion vela por los intereses de los asociados, ayudada de los conocimientos que le presta la Medicina. Las trascendentales medidas que constituyen *la legislacion sanitaria* han sido dictadas con la cooperacion y por la direccion de esta ciencia; y si en muchas ocasiones fueron ineficaces aquellas leyes, no en todas por defecto de la ciencia misma, sino por la negligencia y otras causas conocidas; en algunas han salvado á la humanidad de funestas calamidades, estorbando la propagacion

(1) Los datos oficiales recogidos últimamente por el Gobierno manifiestan que aun existen 2633 pueblos que no tienen cementerio rural. Muchos de los de esta clase carecen de las condiciones higiénicas necesarias; y aun teniéndolas, continúa la abusiva práctica de enterrar dentro de las iglesias algunos cadáveres.

de contagios mortíferos, y aun llegando á destruir dolencias que en otros tiempos causaran muchas victimas. Fácil fuera convencer de este aserto, si la ocasion me permitiese comparar los *cuadros nosológicos* de épocas anteriores con los actuales. En aquellos, veríamos figurar en grande escala por su generalizacion, esa plaga de los navegantes y de las poblaciones, el escorbuto y algunas dolencias cutáneas, de que hoy apenas se observan algunos casos. Haria, si aun se necesitaban mas pruebas, un paralelo entre la Argelia de poco ha y la actual, para demostrar la parte de gloria que cabe á la Medicina, en la trasformacion rápida de un territorio mortífero y funesto en otro bonancible y sano, que tales portentos ha conseguido hacer la higiene pública, cuando se ha comprendido bien su importancia y se han secundado convenientemente sus benéficas miras. No es adormecerse con vanas ilusiones esperar, que llegará una época en que todavía desaparezcan muchas enfermedades, y otras aminoren sus estragos, si la sociedad, mas dócil, atiende los consejos de la Medicina, y si la Administracion vence los obstáculos con que han luchado por mucho tiempo trabajos especiales de la ciencia, de cuyo conjunto espera la misma la resolucion de problemas importantísimos á la humanidad. Me refiero á las *topografías médicas*. Desde que el eminente entre los médicos, Hipó-

crates, fijó su atención en la influencia de las localidades en la producción de las dolencias (1); infinidad de trabajos se han emprendido en aquel sentido, cuyos resultados no han sido estériles; pero como su poderío acrece en proporción á que dichos trabajos se multiplican, se asocian y se comparan para deducir consecuencias generales; hoy que la ciencia toma este camino, y auxiliada del progresivo adelanto de las naturales puede perfeccionar las topografías, se esperan confiadamente los mas brillantes resultados.

No es la ciencia de la Administración sola, la que recibe de la Medicina inspiraciones y preceptos que la hagan provechosa á la sociedad. La ciencia del Derecho, la Jurisprudencia, reconoce tambien en aquella un auxiliar poderoso de la Justicia. El conjunto de conocimientos, que se dirigen á este intento, forman otra rama de la ciencia de curar, conocida con la denominación de *Medicina legal*. Frecuentemente los médicos son consultados sobre exenciones ó excusas para el servicio militar, para cargos públicos, para comparecer en juicio, sobre la aptitud para el goce de los derechos civiles y otras cuestiones análogas, en que están altamente comprometidos los intereses de las familias, su bienestar, su honra, y aun los intereses de la sociedad misma. Los atentados contra el pudor, los

(1) Tratado de aire, aguas y lugares.

que se dirigen contra las personas, cualquiera que sea su índole y el medio con que pretenda encubrirse el crimen, tienen en la legislación mas ó menos explícitamente marcadas sus penas y castigos; pero el mayor número de veces el Magistrado, sin la intervención del único perito hábil, el facultativo, que ha de determinar el valor científico de los hechos, se vería imposibilitado de ejercer su augusto ministerio. Bajo este aspecto, las ventajas y bienes que la Medicina ha aportado á la sociedad son tan indisputables, como incontrovertibles los esfuerzos hechos por la ciencia, ayudada de las naturales, hasta haber adquirido en muchas ocasiones la certidumbre matemática de sus fallos. Hoy nadie puede dudar, y mucho menos el Público á quien dirijo mi voz, que la Medicina legal es un ramo de la ciencia muy adelantado, y que facilita evidentemente la administración de Justicia.

La Economía política, esa ciencia de origen moderno, y que sin embargo pretende ambiciosa resolver hoy todas las cuestiones sociales y políticas; no necesita menos que otras la intervención eficaz de la Medicina. Es un hecho indisputable que ella dió un poderoso impulso á la industria manufacturera, creando elementos de riqueza, no sin causar al mismo tiempo grandes males á las clases obreras, males que la Medicina lamenta, y contra los que ha tenido que levantar muchas veces su voz. La

estadística necrológica de los distritos fabriles, arroja cifras desconsoladoras, si se comparan sus resultados, con los que producen los distritos agrícolas. De igual número de nacidos llegan á una misma edad, en estos últimos una cuarta parte mas que en los distritos fabriles (1). Todavía otras investigaciones han manifestado que en poblacion igual, en puntos agrícolas mueren anualmente casi una mitad menos de individuos, que en algun distrito exclusivamente fabril (2).

Tan pavorosa demostracion parece condenar las aspiraciones de ciertas teorías, y el médico filósofo no podia menos de protestar en nombre de la humanidad contra aquellas, investigando cuidadosamente el origen de los males y los medios de atajarlos.

(1) El censo de poblacion y mortalidad formado en 1831 en Inglaterra da los siguientes resultados:

De cada 10,000 nacidos llegan á la edad de 40 años:

4,457 en los distritos agrícolas.

4,124 en los medio agrícolas y medio fabriles.

3,541 en los distritos fabriles.

(D. Pedro Felipe Monlau. *Memoria premiada por la Academia de Medicina y Cirugia de Barcelona.*)

(2) De datos oficiales referentes al año de 1844 se ha tomado el siguiente ejemplo:

	Poblacion.	Defunciones en 7 años.
Manchester.	187,863	39,922
Distritos rurales de Surrey.	163,856	23,777
Exceso de defunciones en Manchester.		<u>16,145</u>

(Memoria citada.)

En cumplimiento de este sagrado deber, Ramazzini, Hallé, Desmoulins, Parent-Duchatelet, Villermé, Gerspach, Guépin, Motard, Fourcauld y otros han señalado con negras tintas la influencia perniciosa de la industria moderna, sobre los que la deben su sustento; y han rebatido los sofismas con que se pretendia probar lo contrario (1). Y no han sido del todo infructuosos los esfuerzos de aquellos. La ley prescribe ya en Inglaterra, Francia, Bélgica, Prusia, y aun en España, el tiempo de duracion del trabajo, con relacion á las diferentes edades, las condiciones de capacidad y salubridad de los talleres, indemnizaciones, y otras reglas que tienden á aminorar los males y estorbar los abusos del espíritu mercantil.

Tambien ha dirigido la ciencia su voz á los obreros mismos, manifestándoles los perjuicios que á su salud causan el desarreglo, las pasiones y los vicios; y creyendo hacer á éstos un servicio mas importante que el de *ilusos reformadores* y *supuestos humanitarios*, les ha dado preceptos que pueden indudablemente evitar muchos males, con solo cuidar con mayor esmero de la limpieza, temperancia, abrigo y otros medios que están en su

(1) La Academia de Medicina y Cirugia de Barcelona en el año de 1856 ofreció un premio á la mejor memoria que tratase la cuestion siguiente: *¿Qué medidas higiénicas puede dictar el Gobierno en favor de las clases obreras?* La presentada por el Dr. D. Pedro Felipe Monlau obtuvo dicho premio.

mayor parte al alcance de todas las posiciones sociales (1).

La cuestion de POBLACION, segun el sentido que dan á esta palabra los economistas modernos, que tan poderosamente preocupa á grandes pensadores, no es tampoco indiferente á la ciencia médica. Para sustraer á la sociedad del azote de la miseria, que el aumento progresivo de la poblacion parece alimentar, Malthus, predicó un dia lo que llama *sujecion moral*, es decir, la abstinencia del matrimonio, la observancia estricta de las leyes del celibato, siempre que el hombre no esté en disposicion de asegurar á sus hijos recursos para subsistir. Como medio inmediatamente realizable, el economista inglés, no vacila en reclamar la supresion de los hospitales, de la limosna y de todos los socorros de la caridad pública y privada, porque ve en ellos un premio concedido á las uniones impremeditadas, concretando este pensamiento en un período, cuyo lenguaje acerbo hiere la sensibilidad.

Mr. Duchatel, admitiendo las ideas fundamentales del autor citado, conviene tambien en la necesidad de restringir las instituciones benéficas, y recomienda la cordura en los matrimonios (2).

(1) Véase la Higiene del cuerpo y del alma por Max. Simon. París 1853.

(2) *De la caridad en sus relaciones con el estado moral y bienestar de las clases inferiores de la sociedad.*

Sismondi, pretende que la ley los prohíba en ciertas circunstancias, estableciendo así en favor de los ricos el monopolio de las delicias paternas (1).

No faltan hombres funestos que invoquen la guerra como medio de evitar el aumento de poblacion, considerado como cáncer de la sociedad moderna; pero tampoco faltan muchas almas elevadas (2) que piden que la Religion sea favorecida, ó á lo menos no contrariada, y se prometen, con mas *caridad* en favor de la miseria, la solucion por la Religion misma de tan azaroso problema. En cuanto al médico, no puede ni debe hacerse cómplice en las pretensiones exageradas de los economistas citados, contra cuyas teorías protestará siempre el corazón humano. Sin embargo, muchas veces puede influir, sin ofensa de la moral, en la disminucion de males que el exceso de poblacion en ocasiones acarrea.

Como mi objeto ha sido elevar estas breves consideraciones á la altura de la ciencia médica, y no al de las exigencias atrevidas de algunos de sus adeptos, hasta ahora me he concretado solo á cuestiones de hecho, y en las que la intervencion de aquella es indisputable y no repugnada. Profeso la opinion de que las conquistas de la misma, para

(1) Nuevos principios de Economía política.

(2) Villeneuve-Bargemont. *Tratado de Economía política cristiana.*
Droz. *Pensamientos sobre el cristianismo.*
Lenormand. *Corresponsal: año de 1844.*



que redunden en pro del perfeccionamiento social, no deben hacerse sospechosas, mezclando, con objeto de mejora, las pasiones de un espíritu descontento, los rencores de una alucinada ambición ó hipótesis aventuradas, sobre las que la ciencia aun no ha pronunciado su última palabra.

Extensa y frecuentemente han discutido los fisiólogos sobre la cuestión de matrimonio. Considerarla solo bajo el aspecto fisiológico, es correr el evidente azar de precipitarse en los mas graves errores. El interés moral del hombre, el de la familia, el de la sociedad, equilibran, si no sobrepujan, el interés del organismo. En asunto tan complicado, médicos eminentes, pensadores profundos suspenden aun su juicio. Muy distante yo de aquellos, sigo sin embargo sus pasos.

El divorcio es otra cuestión en la que muchos se inclinan por la afirmativa. Esta afirmación, supone consideraciones fisiológicas sobre el hombre aislado, como un ser físico eslabón de la cadena zoológica; mas como quiera que este es un ser tambien social y moral, pierden aquellas todo su valor. Los que envuelven en un comun anatema las instituciones, que no realizan las maravillas de su mundo improvisado, son reformadores que conocen menos al hombre, por cuyos derechos se manifiestan celosos, que el orden social de que se hacen rencorosos detractores.

En menor número y en circunstancias especiales, ha habido tambien quien crea conveniente la poligamia, sin apoyarse en una ley científica, para compensar las pérdidas que las poblaciones hubiesen experimentado por hambres, guerras ú otras calamidades desastrosas (1). La Religion y la moral condenan altamente semejantes desvarios, dos veces lamentables (2). Una ley providencial, que rige la propagación de la especie humana, hará desaparecer muy pronto la perturbación temporal que sobre la población producen aquellas calamidades.

No faltan fisiólogos que pretendan que la ciencia presida á la educación y clasificación de los hombres para todos los cargos sociales, atendiendo á las aptitudes orgánicas, cuya apreciación exacta cree haber adquirido por medio de la FRENOLÓGIA, ó mas bien de la CRANEOSCOPIA. En este sentido, la imaginación y el entusiasmo de ciertos escritores (3) ha ido sin duda mucho mas allá de lo que la ciencia permite en la actualidad. Alguno, combinando los datos de la Frenología y la FISTONOGMONÍA, piensa haber hallado la mejor base de

(1) Eug. Salverte. *Relaciones de la medicina con la política.*

(2) La ciencia ha demostrado irresistiblemente, que no se mide por la cifra de la población la prosperidad de los estados, y si así no fuese ¿á qué recurrir medios violentos para disminuir aquella? ¡cuanta contradicción!

(3) Gall, Spurzheim, Dumontier, Vimont, Fossati, Voissin, Hope, Caldwell, Combes, Makenzie y otros.

un plan de educacion que puede transformar el mundo. (1). Estos sistemas exagerados, privando al hombre de la libertad, so pretexto de una necesidad orgánica, vendrian algun dia á resucitar las castas odiosas del Egipto y de la India, con sus inseparables consecuencias. Con una superioridad incontestable han sido combatidas tan jactanciosas pretensiones por hombres eminentes (2).

Los delirios de los ORGANO-PLASTAS, de los partidarios del *cruzamiento de las razas* para aspirar á la perfeccion de la especie humana, de los PARACELSISTAS, inventando medios para prolongar la vida, sin tener presente que *el mejor de todos es no abusar de ella*, y algunas otras excentricidades, que sería largo é impropio de este sitio enumerar, representan muchas veces un orgullo fisiológico desmedido ó un sensualismo grosero. Dejemos á cada ciencia en el ejercicio libre de sus atribuciones. La Medicina no necesita invadir las extrañas, para ostentar grandes títulos á la consideracion pública, y reclamar la parte que la corresponde en los progresos de la civilizacion.

Terminada esta digresion, que la sinceridad reclamaba y el deseo de prevenir objeciones, señalemos aun algunos servicios de la ciencia, que

(1) Mr. Ribes. *De la educacion.*

(2) J. Frank, Huffeland, F. Rhades, Grand, Coste y la mayor parte de los médicos legistas de Francia.

prueban tambien la tesis de que me ocupo.

Para el filósofo cristiano el hombre es *una inteligencia caída, en lucha incesante con los órganos*. Toda su vida consiste en esta lucha, que la Escritura llama lid entre la carne y el espíritu (1). Eminentemente activo el hombre á la accion le obligan impulsos interiores ó impresiones venidas del exterior y trasmitidas al alma por los sentidos, que son la causa de varias necesidades, para cuya satisfaccion tiene dos guias; el *instinto* y la *razon*: el uno le insta y estimula, la otra le ilustra y le contiene. He aquí el origen de la lucha entre el deber y la necesidad ó el instinto. Cuando esta, es sentida con demasiada violencia, haciéndonos obrar instantánea y ciegamente contra nuestro deber, nuestro interes y nuestra voluntad, nace la *pasion*, que no es otra cosa que *la tiranía de una necesidad* (2).

No es esencial á mi intento entrar en una discusion prolija, sobre la division de las pasiones, su clasificacion, su asiento, la influencia que en su desarrollo tienen, la edad, el sexo, los climas, estaciones, alimentacion, predisposiciones hereditarias, la educacion, el hábito, las creencias religiosas, las enfermedades etc. Bástame indicar, que el hombre objeto de la Medicina es desgraciadamente victima

(1) *Militia est vita hominis super terram.*

(2) Descuret. *Medicina de las pasiones.*

de aquellas, las cuales ejercen su accion, modificando el organismo, ora llamando al exterior todas las fuerzas vitales, como sucede con las pasiones *excéntricas*, ora repeliendo dichas fuerzas sobre los órganos interiores, efecto propio de las *concéntricas*, ó bien haciéndolas alternar del interior á la periferia, como lo hacen las *mistas*.

En todos tiempos ha sido perfectamente conocida la influencia de la moral sobre el hombre fisico; y datos cuidadosamente recogidos han demostrado, que en la *etiología* de las enfermedades, las pasiones figuran incomparablemente mas, que todos los otros modificadores de la economía ⁽¹⁾.

Ellas, tienen su *semiología* ó signos que las caracterizan. Las enfermedades que producen, su *sintomatología* tambien propia. La ciencia conoce su marcha, complicaciones y terminaciones; y sin pretender ser la poseedora de la *terapéutica* exclusiva, respetando el tratamiento religioso ó moral, y el legislativo; ha dictado el médico, que muchas veces solo y otras combinado, destruye los males y aun el origen de los mismos. Este tratamiento, como el de las enfermedades, es preservativo y curativo. Y ¿habrá quien dude la eficacia de estos medios, cuando se aplican científicamente? De ninguna manera. Probado está, que en el desarrollo

(2) Deseuret. *Obra citada.*

de las pasiones, y en la perniciosa accion de muchas, influyen las condiciones, que acabo de citar; y si sobre estas el poderio de la Medicina es incontrovertible, indisputable debe ser tambien su influencia en la aminoracion de aquellas. Asi es, que el tratamiento médico de las pasiones tiene formuladas sus indicaciones precisas, reducidas á estudiar el predominio orgánico y su intervencion en la necesidad sobreexcitada ó sea la pasion; á neutralizar esta influencia por los modificadores higiénicos ó por el antagonismo de otras pasiones; á alejar las causas; á dar á las ideas una direccion nueva, para repartir convenientemente la actividad excesiva; á trastornar la periodicidad del hábito; y por último á reducir al estado normal, los órganos sobre los que, las reacciones se hicieron mas evidentes, por consecuencia de las pasiones mismas ⁽¹⁾.

Por breves que sean estas consideraciones, las creo bastantes para dar una idea, de la intervencion de la Medicina en la mejora moral del hombre, unas veces dirigiendo y excitando sus pasiones lícitas y otras apagando ó extinguiendo las aviesas; pero dicha verdad se hará mas evidente, descendiendo á algunos pormenores de la práctica, por que esta presenta condiciones especiales que importa señalar.

El imperio que ejerce el sufrimiento sobre el

(1) Idem.



alma es tan notable, que pudiera muy bien decirse, que al hombre lo trasforma la enfermedad. La firmeza de carácter, el escepticismo, la voluptuosidad, la incredulidad y otras condiciones que parecían caracterizar al individuo, desaparecen á veces al mas ligero trastorno. De aquí nace la influencia poderosa del médico con el enfermo, influencia de la que pudiera abusarse, si la caridad, la sensibilidad bien entendida y otros nobles sentimientos del alma no se exitasen en aquel á presencia de los dolores. Cuando la virtud, el ingenio, el talento, la hermosura, todo lo bello de la tierra está próximo á desaparecer al soplo de la enfermedad, el médico deja de ser el hombre, es solo el sacerdote de la humanidad.

Hay muchos desdichados, cuyas miserias y padecimientos han roto sucesivamente todos los lazos que les unieran con la sociedad. En su infortunio, tienen solo derecho á llamar dos hombres, al sacerdote y al médico. Del primero tal vez les separa la perversion de sus creencias, se ha apagado el amor á Dios, cuando todavía existe y se aviva el amor á la vida. El médico tiene entonces que ejercer en toda su extension su importante ministerio: ataca las dolencias físicas con remedios físicos, y atenúa las morales con los inmensos recursos de la afectuosidad, el cariño, la caridad, y aun la intimidacion, cuando el desórden y los vi-

cios comprometen la existencia. Infinitas veces ha sido el depositario de secretos cuidadosamente guardados. Ha reanudado en muchas, el lazo que uniera á este desgraciado con la familia y con la sociedad; y abriendo su corazon á la esperanza y á los sentimientos benéficos de la Religion, ha detenido mas de una vez, los funestos efectos de la desesperacion y del crimen.

Aquí un infeliz anciano, cercado de impacientes herederos, lucha con una enfermedad de probable curacion. El anhelo de poseer sus riquezas tiende á entorpecer la actividad del médico, suponiendo inevitable la pérdida del enfermo por su avanzada edad. Aquel, lamenta los extravíos de la ambicion, y aparentando desconocerlos, camina directamente á su objeto, y llega mas allá, despertando con su celo y su ejemplo sentimientos que parecían haberse extinguido.

Enfermedades de aspecto repugnante y de carácter dudoso alejan del paciente, en muchas ocasiones, las personas mas vivamente interesadas en su conservacion, y pueden ser el origen de graves conflictos en el seno de la familia. La conducta del médico, su celo, prudencia, y aun su ejemplo, conjuran multitud de veces estas tempestades, en que la moral no es la menos ofendida.

Por do quiera esta ciencia bienhechora derrama sus bienes, no solo curando males que el extravio

de las pasiones causara, sino evitando otras, que son la precisa consecuencia de aquel extravío. El respeto á este sitio me impide detallar otra multitud de circunstancias, que contribuirían con las citadas, á fijar la importancia de la ciencia como medio moral, mejorando la condicion social de los hombres. Ciertamente es que en su mision moralizadora encuentra tambien la Medicina almas indómitas, sobre las que se desliza su palabra sin penetrarlas: la ignorancia, el vicio mismo profundamente arraigados, impiden muchas veces comprender las verdades que proclama; pero por ello su celo no se entibia, teniendo presente la máxima de un célebre Autor ⁽¹⁾: «*Aproximando la llama á los ojos de los ciegos, si no ven la luz, sienten al menos el calor.*»

El objeto esencial de la ciencia, que es el alivio de los padecimientos humanos, no conoce restricciones, donde quiera que los encuentra, sean puramente físicos ó físicos y morales, tiene un deber imprescindible de prodigar sus consejos; y éstos son tanto mas eficaces, cuanto que por fortuna en nuestro país todas las profesiones están modeladas en el principio inmenso de la CARIDAD, bandera del cristianismo. Los médicos que han legado á la historia de nuestra ciencia mas esclarecidos nombres

(1) Evagre.

⁽¹⁾, han buscado la luz y el impulso de que necesitaron para mantenerse al nivel de su mision difícil en aquel sagrado manantial, que tiene doctrinas infalibles para todas las situaciones de la vida.

Con tan eficaz apoyo, no podrá ya dudarse del poder de la Medicina sobre la condicion moral del hombre.

Si en efecto esta ciencia influye en la grande obra de la civilizacion, y contribuye á mejorar el estado social de la humanidad; no es por eso menor la parte que á las demás ciencias toca en tan colosal empresa. Semejantes á esos rios mas ó menos caudalosos, que despues de atravesar diferentes terrenos, salvando á veces grandes distancias y obstáculos graves, vienen á confluír en el piélago comun; así las ciencias, siguiendo distintas direcciones se reunen por último para levantar unidas el edificio social.

Hay sin embargo entre ellas una, ante cuya enseñanza eminentemente civilizadora y benéfica, todas rinden reverente culto. Hablo, Señores, de LA CIENCIA DE DIOS, de LA RELIGION; esa luz purísima que ilumina el mundo, y de cuya antorcha brillante necesitan todas, si han de conseguir el útil objeto á que aspiran.

(1) Bayle, Van-Helmont, Stahl, Sydenham, Boerhave, Hoffman, Van-Svieten, Fralles, Hecquet, Tissot, Zimmermann, VVinslov, Bordeu, Morgagni, Barthez, Pinel, Portal, Dupuytren, Richerand, Esquirol, etc. etc.

Profesores vosotros de las ciencias universitarias, y Maestros eminentes, vuestra competencia no puede ser disputada para valorar el tributo con que cada cual contribuye á los progresos de la civilizacion. Profano yo, en el mayor número de aquellas, ante un panorama tan extenso y sorprendente, admiro el conjunto; y sin poder fijarme en los detalles, suspendo mi voz, que si otra cosa intentara, rebajaría su belleza, abusando ya demasiado de vuestra indulgencia.

He terminado, Ilustrísimo Señor, el asunto que me propuse; pero antes de abandonar este sitio me permitiré aun dirigir algunas palabras.

A vos primero, ilustre Jefe de esta Escuela, felicitándoos por las rápidas y crecientes mejoras que debe á vuestra inteligente actividad y entusiasmo por las ciencias. La sociedad no es siempre ingrata, y la Universidad de Granada no puede privaros, sin injusticia, de una de las mas brillantes páginas de su historia. Estos no son solo mis pensamientos, son además el eco de la opinion pública, que no se engaña.

Para vosotros tampoco, mis dignos profesores, tendrá mi voz otras palabras que las de admiracion y respeto. El honroso encargo de la enseñanza que se os ha confiado, no tiene mas celosos cumplidores. Semejantes á una madre cariñosa, cuya ambicion jamás se satisface por muchos que

sean los bienes y placeres de que vea rodeados sus hijos; así vuestro celo no se sacia en procurar los adelantos de vuestros discipulos, de quienes, por este concepto, sois segundos padres.

A vosotros finalmente, jóvenes estudiosos, que venís á cultivar la inteligencia, labrándoos un patrimonio científico, no temo asegurar, que vuestro porvenir es mas alhagüeño que el de los que os han precedido. Las ciencias siguen en lo general una marcha ascendente, están en verdadero progreso. Por esta causa, recogeréis mas sazonados frutos sin tantos azares. La Augusta Reina que lleva el cetro del Estado, DOÑA ISABEL II (Q. D. G.), émula de otra Isabel, ha querido, si no ensanchar sus dominios, ensanchar los de la inteligencia; y cuando no tuviese otros muchos títulos al renombre que le prepara la historia, este solo bastaría para tegerla otra corona de inmarcesible gloria. Su ilustrado Gobierno, secundando sus miras, ha dedicado una atencion preferente á la enseñanza. Nunca ha girado ésta en mas extensa órbita. Cultivad, pues, celosos vuestras disposiciones naturales: trabajad con fervor acopiando materiales para construir tambien en su dia con ellos en ese vasto edificio de la civilizacion, cuya obra no está concluida, y en la que os está reservada una parte muy importante. Para que vuestros esfuerzos no sean inútiles y vuestras producciones

ruinosas, no olvideis jamás las máximas religiosas, que mezclaron vuestros padres con las primeras caricias, y las que han inculcado los maestros que os prepararon para los estudios Universitarios. Nunca debe separarse de vuestra mente que EL PRINCIPIO DE LA SABIDURÍA ES EL SANTO TEMOR DE DIOS.—He dicho.